

**BOLETIN ECLESIASTICO**

DEL

**OBISPADO DE SIGÜENZA.**

Esta publicacion oficial saldrá por un orden regular dos veces al mes, segun disponga el Prelado.

**REAL ORDEN**

*declarando que debe pedirse informe á los Párrocos en los casos de inutilidad fisica de los quintos, aun cuando estos sean sus parientes.*

**MINISTERIO DE LA GOBERNACION.***Gobierno.—Negociado 5.º—Quintas.*

El Sr. Ministro de la Gobernacion dice con fecha de hoy al Gobernador de la provincia de Orense lo que sigue:

«Enterada la Reina (q. D. g.) de la consulta elevada por V. S. á este ministerio en 14 de agosto del año anterior acerca de la validez de los informes, que sobre exenciones fisicas de los quintos den los Párrocos, cuando se trata de un mozo que sea pariente del informante en grado inmediato:

»Visto el art. 4.º del reglamento para la declaracion de exenciones fisicas, aprobado por S. M. en 10 de febrero de 1855:

»Considerando que, segun la citada disposicion, los Pár-

rocos deben informar en ciertos y determinados expedientes de inutilidad física, sin que esté prevista la eventualidad de que sea pariente del mozo que trata de libertarse:

»Considerando que, mientras no haya indicios en contrario, los Párrocos deben considerarse hombres de conciencia recta, incapaces de faltar á la verdad para favorecer aspiraciones bastardas, por mas que el que las abrigue sea pariente suyo; S. M. de conformidad con el dictamen de la seccion de Gobernacion del Consejo de Estado, ha tenido á bien resolver que, en todos los casos en que la ley lo prevega, debe pedirse el informe á los Párrocos, sin tener en cuenta si son ó no parientes del interesado, si bien cuando medie esta circunstancia deberán espresarla al emitir su informe.

»De Real orden, comunicada por el espresado Sr. Ministro, lo traslado á V. S. para los efectos correspondientes. Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 25 de agosto de 1859.—El Subsecretario interino, *Antonio Cánovas del Castillo*.—Sr. Gobernador de la provincia de.....



*Protesta de Monseñor el Obispo de Orleans contra los atentados de que nuestro Padre Santo, el Papa, y la Sede apostólica, están amenazados y heridos en este momento.*

Me es imposible guardar silencio y no protestar al fin por mi parte contra los atentados que contra nuestro Padre Santo, el Papa, y la Sede apostólica, continúan cometiéndose á nuestra vista.

No puedo comprimir por mas tiempo en mi alma las conmociones que escita semejante espectáculo, y que todos los corazones católicos, lo sé y lo siento, experimentan como yo. ¡Y qué corazon sería el nuestro si no sufriésemos en la hora presente, ó mas bien si sufriésemos en silencio tales indignidades!



¿Cómo ver, cómo escuchar con sangre fría lo que se ve y se oye todos los días?

¿Es posible, cuando se colma de amarguras al Padre de los fieles; cuando se violenta indignamente al Jefe augusto de la Iglesia católica; cuando se abruma á ultrajes á un Pontífice dulce y piadoso; cuando se introduce la anarquía y la revolucion entre los pueblos; cuando se preparan y consuman, en fin, con menosprecio de los derechos mas antiguos y los mas sagrados, odiosos despojos, es posible que no se escape un grito de nuestros pechos, y que no protestemos de otro modo que con nuestros dolores comprimidos y con nuestras lágrimas silenciosas?

¿Y quién creería en la libertad de la conciencia católica en Europa, si los órganos legítimos de la publicidad de todos los países no dijese muy alto lo que la justicia, el honor y la Religión proclaman desde el fondo de todas las almas?

Desde la paz tan sabia de Villafranca, de tres meses á esta parte, ¿qué otra vemos en Italia sino la audacia de los malvados, el abatimiento de los buenos, el triunfo del espíritu revolucionario, la rebeldía y la insurreccion permanentes?

Y lo que lleva al colmo á todos estos males, es que han sido preparados y organizados entre los soberanos legítimos á despecho de todo derecho público europeo, y hasta en los Estados del Jefe de la Iglesia por los agentes y los comisarios de un príncipe, ¡cosa estraña! hijo de una de las nobles familias reales de la Europa, y ¡cosa mas estraña aun! que se llama católico.

¿Quién se atreverá á decir que la Toscana, que Parma, que los Estados Pontificios no han sufrido ninguna presion estrangera, y que la rebeldía de estas ciudades, que hace apenas un año aclamaban al Pontífice, sea el movimiento espontáneo de los pueblos, y no la obra de esos eternos artifices de revoluciones, de esos enemigos irreconciliables del orden y de la paz pública, de los que en otro tiempo libertaron á Roma oprimida de las armas francesas?

¿No es evidente que esto es la obra de la revolucion? ¿No se manifiesta ella al mundo una vez mas, tal cual es, con sus escandalosos escesos, con sus acostumbradas escenas de des-



órden, con su desprecio á todo lo que es respetable y sagrado? En nombre de esas manifestaciones revolucionarias, que, bajo el pretexto rancio y gastado de manifestar el sentimiento público, hacen subir á la superficie y hervir lo que fermenta de mas vil y mas temible en el fondo de las masas populares, ¿no han sido profanadas hasta la saciedad grandes y augustas cosas, insultadas las majestades, y hasta esa majestad del pueblo, que se rebaja y explota con el engaño?

¿No se ha ultrajado bastante, sin ningun motivo razonable, al mas piadoso y al mas pacífico de los príncipes, á la mas noble de las mujeres, á una madre heroica, y al mas magnánimo de los Pontífices? ¿No se ha querido lanzar sobre él, sobre ese anciano, sobre Pio IX, la responsabilidad de la sangre que se ha hecho correr voluntariamente, provocando con una obstinada rebelion un doloroso pero necesario castigo? ¿Puedo recordar sin rubor las cobardes calumnias vomitadas (esta es la palabra) contra el Padre Santo y contra su adicto ministro por una pluma francesa? Verdad es que antes de insultar á Roma se habia ejercitado ya aquella con menosprecio de la hospitalidad recibida, y mofándose agradablemente de esa Grecia, que, dígase aun lo que se pueda de ella y contra ella, no por eso dejará de ser la única nacion de Europa que tremola el estandarte levantado contra el eterno enemigo del nombre cristiano.

¿Y qué derecho, qué principio puede invocarse aquí en favor de esa política anárquica y espoliadora, de este olvido de toda justicia, y, para decirlo todo, de tan indignos manejes?

Atrévense á hablar de opresion, de los votos de los pueblos, de libertad.

¡La opresion! ¿Hubo nunca alguna comparable á la de un pueblo dominado por las fracciones, que lo aniquilan, lo destruyen, lo arruinan; que le cierran la boca, y después de haberle puesto una mordaza, dicen al mundo: «Es libre; ved cómo habla,» y se figuran haber engañado á la Europa con estas grandes y solemnes mentiras?

¡Los votos de los pueblos! ¡Es esto mas que una bella palabra! ¡Es una cosa grande! ¡Pero la habeis pronunciado



con sinceridad? Mas si sois sinceros; si no representais á los ojos de Europa, en provecho de vuestra ambicion, una comedia mal disfrazada, decidnos: ¿Por qué no escuchais, por qué ahogais con la opresion odiosa de vuestra dictadura, con la aplicacion mas arbitraria y mas parcial de vuestras leyes sobre la prensa, los votos de la Saboya?

No porque yo participe de ellos: en mi sentir, la Saboya no es bastante sufrida; olvidada demasiado pronto, en un dia, ocho años de sabiduria y de gloria; pero, en fin, os lo pregunto, y tengo derecho á preguntároslo: ¿Dejais hablar á la Saboya, á esa noble provincia, cuna de vuestra dinastía, que reteneis, y que estaría orgullosa de conservar su nombre, que es el vuestro, que os lo sacrificaría todo, hasta sus intereses mas queridos, si al menos respetáseis su Religion? ¿La dejais emitir libremente sus votos? ¿La permitís el vuelo que en su religioso dolor la lleva hácia la Francia? ¿A quién os atreveréis á decirlo? ¿Por qué teneis dos bocas, dos criterios y dos justicias distintas?

¡Hombres imprudentes y temerarios; políticos miopes, que parece no habeis tomado del gran político italiano mas que la ciencia de la astucia, contra la cual protestó siempre con honra suya la noble diplomacia europea! Si es así como debe plantearse la cuestion; si los poderes establecidos y las soberanías legítimas deben ser llamadas á la barra de los pueblos, ¿no sentís acaso temblar bajo vuestros pies todo el suelo europeo? Y esas grandes naciones, en las cuales con vuestra debilidad natural buscáis un apoyo, ¿no tendrán por qué temblar á su vez?

¡Los votos de los pueblos! Pero ¿quién se ocupa de los votos de Polonia? ¿Qué esfuerzos formales se han hecho para reparar la detestable injusticia cometida en el siglo pasado con una gran nacion católica, que en 1685 salvaba aun de la barbarie musulmana al Austria, á la Europa y á la cristiandad?

¿Acaso las provincias rhinianas no han publicado sus votos?

¿Y pensais esecuchar los votos de trece millones de cristianos de Oriente?

¿No ha emitido tambien sus votos la Irlanda católica? Un



ministro inglés decía ayer que la Inglaterra no consentiría nunca que los soberanos legítimos fuesen restablecidos por la fuerza en los Ducados. Si la Irlanda no hubiera sido veinte veces sojuzgada por la fuerza, ¿podría la Inglaterra respondernos de que aquella católica tierra no preferiría al cetro que le oprime la valiente espada de uno de sus mas nobles hijos, católico como ella, hijo de sus antiguos Reyes y coronado á estas horas con el brillante prestigio de la gloria francesa?

¡Los votos de los pueblos! ¿Pero qué crímenes no se han cometido ó encubierto bajo este nombre? ¡Pobres pueblos! ¿Se ignora acaso cómo esos votos se obtienen y emiten por la audacia de los malvados y el terror de los buenos? Y el atentado del 14 de enero en Francia, ¿no demuestra todo lo que los hombres honrados tienen que temer por ellos mismos en Italia?

¡Se habla de libertad! Si quereis hacer á Italia dueña de sí misma y de sus nobles destinos, ante todo libradla de los revolucionarios, que siempre arruinaron su fortuna é hicieron mas pesadas sus cadenas: ante todo libradla de la anarquía. Si quereis proporcionarle la independencia legítima, la prosperidad y la gloria á que la llaman hace mucho tiempo su genio, sus recuerdos y el deseo de todas las naciones católicas, ante todo respetad á la Sede apostólica, que durante tantos siglos ha sido el asilo y la muralla de las libertades italianas.

Me atrevo á decir, y os diré, que hubiérais hecho mas por la libertad de Italia, que no os veríais lanzados en una senda fatal y sin salida, si en vez de la guerra desleal que durante tantos años haceis á la Iglesia, hubieseis ido á buscar vuestros aliados en ella, en su Jefe supremo, y no en los jefes de las bandas revolucionarias. Allí estaba y está aun el porvenir de la libertad de Italia. ¡Ojalá al fin lo comprendiéseis!

El soberano actual de la Francia, el presidente elegido de la república francesa, lo comprendía y hería la cuestión cuando en 1849 escribía al representante del Soberano Pontífice en Francia estas palabras: *La Soberanía temporal del*



*Jefe venerable de la Iglesia está íntimamente ligada con el brillo del catolicismo, como con la libertad y con la independencia de la Italia.*

Esto es lo que demuestra la historia interpretada por las grandes leyes de la Providencia. Siempre que ha ocurrido un movimiento verdaderamente italiano, han estado los Papas á su cabeza. Cuando el movimiento ha sido contra el Papa, ha padecido la Italia. Cada pais tiene sus destinos, é indudablemente los vuestros son aun bastante halagüenos. Releed el *Primato* de vuestro Gioberti.

Sea de esto lo que fuere, cualquiera otra política sería desgraciada hoy, como siempre, y solo conduciría á ruinas, al traves de escándalos y maldades.

¿Y quién ha detenido la generosa iniciativa de Pio IX? ¿Quién, pues, asesinando á sus ministros, sitiando su palacio, imponiéndole el destierro, y despues amenazando perpetuamente su reino, abrumándole á calumnias, sublevando sus pueblos, destrozando su corazon, agotando sus fuerzas y su vida; quién, pues, ha puesto trabas á su accion reformadora y á la expansion generosa, demasiado generosa quiza, de su alma?

¿Qué otro soberano en su lugar, y en igualdad de circunstancias, hubiera podido obrar con la seguridad y confianza necesaria? ¿Y cuando se habla de imponerle reformas! ¿Cuando se le priva hasta de la libertad de accion! Pero respetad en él al hombre, al soberano, al Pontífice. Cesad de amenazarle, de insultarle, de atacarle: dejadle sus pueblos, y dejádselo á ellos y muy pronto no necesitareis ya trazarle su marcha.

¿Reformas! ¿Pero cuál es la nacion donde no haya que introducir alguna? ¿Y dónde están los soberanos que se amoldasen á este nuevo derecho en virtud del cual la soberanía, despojada de su prerogativa constitutiva, tuviese que sufrir la ley y las reformas de sus rebeldes súbditos ó lecciones de una soberanía extranjera?

¿Por qué habia de ser la soberanía del Pontífice menos sagrada que cualquiera otra? ¿No es de ninguna consecuencia en una época revolucionaria como la que atravesamos,

el dar á los pueblos desde arriba el ejemplo del olvido, de este respeto á las majestades supremas, sin las cuales de grado ó por fuerza es puesto en cuestion el órden social todo entero?

¿Hay una soberanía en Europa que pueda mantenerse sobre semejantes principios? ¿No estamos viendo á las mas grandes potencias conmovirse con tales principios sobre sus bases, á pesar de sus ejércitos de 400,000 hombres en plena paz?

¡La culpa del Papa! ¡Ah! En cuanto á esta culpa, es real, lo reconozco: consiste en no dar la mano á sus aliados con los 200,000 hombres de que el primer cónsul hablaba á M. Cacault, cuando le nombró embajador en Roma; pero la culpa de los monarcas europeos consiste en no tratarle como si los tuviese, y en no tener ya para esta sublime debilidad desarmada el respeto que el vencedor de Marengo y de Austerlitz hubiera ganado mas para sí y para los suyos en guardarle hasta lo último.

Lo que principalmente me entristece en esta cuestion, debo decirlo, es la actitud de la Inglaterra. ¿Tratará de sostener la revolucion y nuestras dificultades en Italia, á fin de ahorrarse el temeroso en la suya y combatirnos?

Sea de esto lo que fuere, sus mismos amigos, los mas fieles, se lo han echado en cara con razon: ella es verdaderamente demasiado dulce con los fuertes, y demasiado valerosa con los débiles: testigos los recientes discursos de sus hombres de Estado: yo me admiro de que no haya nada en su alma que les haga sentir que semejantes burlas son en los momentos presentes muy poco convenientes.

No se habrá querido decirselo; pero en ciertas ocasiones fuerza es el hacerlo. Sí, teneis grandes cosas, pero no sois siempre una nacion generosa; y hoy os olvidais demasiado de Pio VII y de su valor, que no os fue inútil, cuando intimado por Napoleon, entonces omnipotente, para que os declarase la guerra respondió: *Que siendo el Padre comun de todos los cristianos, no podia tener enemigos entre ellos.* Y antes que ceder prefirió sufrir el destierro, la cautividad y el prolongado martirio que el mundo sabe.

Pero salgamos de los estrechos horizontes de la política



vulgar y de las querellas de los partidos. Es preciso al terminar, elevar la cuestion á su verdadera altura, y pesar, por último, con toda la gravedad que reclaman, buscando el fondo de las cosas, los grandes intereses católicos empeñados en este combate.

Háblase de respetar el voto de los pueblos. Pues bien: nosotros, los católicos, somos tambien un pueblo; nosotros componemos 200 millones derramados sobre la superficie de la tierra, é interesa á nuestros intereses mas caros y mas sagrados que la soberanía temporal del Papa, íntimamente ligada á la dignidad, á la independencia y á la libre accion de la Iglesia, no sufra ningun ataque.

No permitiremos, la conciencia católica no puede permitir, sin una enérgica protesta al menos, que Dios oirá—la protesta del derecho y de la debilidad contra la injusticia y la opresion—que se desmembre el papado ó que se le destrone moralmente por afrentosas violencias.

Se dice que tocar al soberano no es tocar al Pontífice. Indudablemente el poder temporal no es de institucion divina: ¿quién lo ignora? Pero es de institucion providencial: ¿quién no lo sabe tambien? Verdad es que durante tres siglos solo han tenido los Papas la independencia del martirio; pero no hay duda en que tenian derecho á otra, y la Providencia, que les sostenia visiblemente, pero que no obraba siempre por la via de los milagros, estableció sobre la soberanía mas legitima que haya habido en Europa, la libertad, la independencia necesaria de la Iglesia.

La historia lo demuestra invenciblemente: todos los grandes talentos lo han pensado: todos los verdaderos políticos lo saben: *¿Han hecho esto los siglos? Bien hecho está*, decia con su buen sentido superior el Emperador Napoleon I.

Sí: es preciso, para la libertad de la Iglesia y para la nuestra, que el Papa sea *libre ó independiente*.

Es preciso que esta independencia sea *soberana*.

Es preciso que el Papa sea libre, *y que lo parezca*.

Es preciso que el Papa sea libre, *tanto dentro como fuera*.

Es preciso para la dignidad del gobierno de la Iglesia y para la seguridad de nuestras conciencias.



Es preciso tambien para asegurarle en las guerras que con demasiada frecuencia se hacen las potencias cristianas, la neutralidad que conviene al Padre comun de los fieles.

No basta que el Papa sea libre en su fuero interno; es preciso que su libertad sea *evidente*; es preciso que á los ojos de todos *parezca libre*, que se sepa, que se crea, que no se suscite bajo este punto una duda ni una sospecha.

Bien pudiera ser libre en el fondo de su alma; que como pareciese, no digo oprimido, sino simplemente sometido al yugo de un príncipe cualquiera, del Emperador de Austria por ejemplo, ó del Emperador de Rusia, nos sentiríamos por ello heridos y todos sufriríamos: no nos parecería ya bastante libre. Una desconfianza natural debilitaría en muchos el respeto y la obediencia que le son debidos. Es preciso, en efecto, que su accion, su voluntad, sus decretos, su palabra, su sagrada persona se ciernan siempre soberanamente sobre todas las influencias, todos los intereses, todas las pasiones, y que ni los intereses descontentos, ni las pasiones irritadas, puedan protestar contra él con una apariencia cualquiera de razon.

Sígaseme en buen hora, si se quiere, y penetremos en el fondo de la cuestion, y desentrañemos la verdadera naturaleza de este poder sobrenatural personificado en el Jefe de la Iglesia. Este poder, establecido en bien de todos, no puede decretar nunca nada que halague los intereses miserables ó las malas pasiones de los hombres: es el enemigo natural del egoismo que las conturba y conduce á las divisiones y á las rebeliones. Está, pues, en su honra, no menos que en su deber, el no aparecer nunca sospechoso, el elevarse siempre mas alto que todas las pretensiones rivales, que todas las prevenciones celosas. Es necesario que ni los descontentos que murmuran; ni los espíritus orgullosos que se irritan; ni los débiles que se alteran; ni los grandes talentos que se extravían, y á quienes el Papa condena; ni los Reyes que oprimen á sus pueblos, y á quienes el Papa reprende; ni los pueblos que se sublevan, y á quienes el Papa advierte; es preciso que nadie en la tierra pueda nunca sospechar de la au-



toridad, de la sinceridad, de la completa independencia de sus decretos. Como se haria justamente sospechoso, si se doblegase á un poder, á un dominio cualquiera, no hay esfuerzo, no hay sacrificio que no debiese hacer por arrancar su autoridad á este peligro.

Para confirmar esta doctrina, tengo el ejemplo del mismo Pio IX, cuando fugitivo de Roma, ante el ultraje y la violencia, protestó solemnemente en estos términos: «Entre las causas que nos han obligado á esta separacion, la de mayor importancia es la de tener completa libertad en el ejercicio del poder supremo de la Santa Sede, ejercicio que el universo católico podria suponer con razon en las actuales circunstancias no ser libre en nuestras manos.»

He citado ya el primer cónsul: hé aquí lo que decia cuando aspiraba á la gloria de Carlo Magno. ¡Ah! Ya sabemos en lo que vino á parar esta gloria; pero nadie ha negado que estuviese entonces en la plenitud de su genio:

«La institucion que mantiene la unidad de la fe, es decir, el Papa, custodio de la caridad católica, es una institucion admirable. Se echa en cara á este Jefe el ser un soberano extranjero. En efecto: este Soberano es extranjero, y debe darse por ello gracias al cielo. El Papa está fuera de Paris y esto es un bien; no está en Madrid ni en Viena, y hé aquí por qué toleramos su autoridad espiritual. En Viena y en Madrid tienen razon para decir otro tanto. ¿Se cree que si estuviese en Paris, los vieneses y los españoles consentirian en someterse á sus decisiones? Debe, pues, cada cual felicitarse de que no esté en su casa, y de que residiendo fuera de su casa, no resida en casa de sus rivales, y de que habite en esa antigua Roma, lejos de la mano de los Emperadores de Alemania, lejos de la de los Reyes de Francia ó de los Reyes de España, manteniendo la balanza entre los soberanos católicos, siempre un poco inclinada del lado del mas fuerte, y subiéndola al punto si el mas fuerte se convierte en agresor. Esto lo han hecho los siglos, y está bien hecho. Para el gobierno de las almas es la mejor, la institucion mas benéfica que pudiese imaginarse. Yo no sostengo estas cosas



»como obstinado devoto, sino como hombre de razon (1).»

En vano, arrastrado mas tarde por su extremo poder y molestado por los sueños de su ambicion, por la soberanía del Pontífice, trató de sustentar otras doctrinas detras del grande nombre de Bossuet; un simple sacerdote, M. Emery, tuvo el valor de responderle:

«Señor: V. M. honra á Bossuet y se complace con citar-  
le. Hé aquí sus palabras: Sabemos que los Pontífices roma-  
nos poseen tambien, tan legítimamente como otro cualquie-  
ra sobre la tierra, bienes, derechos y una soberanía (*bona  
jura imperia*); sabemos ademas, que estas posesiones, mien-  
tras están dedicadas á Dios, son sagradas, y que no se pue-  
de, sin cometer sacrilegio, invadirlas: la Sede apostólica  
posee la soberanía de la ciudad de Roma y de sus Estados,  
á fin de que pueda ejercer un poder espiritual en todo el  
universo *mas libremente en seguridad y en paz (liberior ac  
tutior)*. Felicitamos por ello, no solo á la Sede apostólica,  
sino tambien á toda la Iglesia universal, y deseamos con  
todo el ardor de nuestros votos que este principado sagra-  
do permanezca, pues, sano y salvo, de todas maneras (2).»

Bossuet escribia ademas: «Dios, que queria que esta Igle-  
sia, la Madre comun de todos los reinos, no dependiese en  
lo sucesivo de un reino en lo temporal, y que la Sede, en  
la que todos los fieles debian guardar la unidad, fuese co-  
locada al fin sobre las parcialidades que los diversos inte-  
reses y los celos de Estado pudiesen producir, echó los fun-  
damentos de este gran proyecto por mano de Pepino y de  
Carlo Magno. Por una consecuencia feliz de su liberalidad,  
la Iglesia, independiente en su Jefe de todos los poderes  
temporales, se ve en estado de ejercer mas libremente el  
bien comun, y bajo la proteccion comun de los Reyes  
cristianos, este poder celestial de gobernar las almas; y te-  
niendo en la mano la balanza derecha, en medio de tantos  
imperios frecuentemente enemigos, mantiene la unidad en  
todo el cuerpo, ya por inflexibles decretos, ya por sabias

(1) M. Thiers, *Historia del Consulado y del Imperio*.

(2) Bossuet, *Defens. declar.*, lib. 4, sect. 5, cap. 16, pág. 275.



»modificaciones.» (*Discurso sobre la unidad de la Iglesia*).

Por desgracia los consejos de M. Emery y la autoridad de Bossuet fueron desdeñados. Pero olvidemos nuestros pesares. La Providencia tiene sus miras, que no son las nuestras; cada tiempo tiene sus pruebas y sus recursos, y hoy es el sobrino de Napoleon quien escribe: «La soberanía temporal del Jefe venerable de la Iglesia está íntimamente ligada con el brillo del catolicismo, como con la libertad y la independencia de Italia.» Y el ministro de este mismo príncipe es el que escribía al concluir la campaña de Italia al episcopado frances lo siguiente: «El príncipe que condujo al Padre Santo al Vaticano, quiere que el Jefe de la Iglesia sea respetado en todos sus derechos de soberano temporal. El príncipe que salvó á la Francia de la invasion del espíritu demagógico, no podria aceptar sus doctrinas ni su dominio en Italia.»

Pero responden los revolucionarios italianos: «Nosotros no queremos abolir la soberanía del Papa; queremos solamente disminuirla y restringirla.»

¿Y por qué, diria yo á mi vez, cuando esto es disminuir y aminorar al mismo tiempo el honor del catolicismo, su dignidad y su independencia?

¿Por qué, si esto es disminuir tambien y aminorar la soberanía mas italiana que haya en la península?

¿Por qué, sobre todo, cuando en estos momentos y en presencia del desencadenamiento de todas las pasiones enemigas, esa sentencia de incapacidad, dictada por vosotros contra la Santa Sede, es un sangriento insulto lanzado á los ojos del mundo á esta majestad desarmada y oprimida?

¿Por qué, si este ultraje al soberano altera inevitablemente en los pueblos el respeto debido al Pontífice? ¿Por qué, en fin, si esta injuria refleja inevitablemente tambien sobre todos los católicos dignos de este nombre?

Decís vosotros: «Solo se le quitarán las Romanías y las legaciones.» Pero permitidme que os lo pregunte. ¿Con qué derecho? ¿Y por qué no lo demas, si os place? En vuestros ensueños de unidad italiana, ¿por qué las ciudades que le dejais han de tener distinta suerte que Bolonia y que Ferrara?



Hablais de antiguas circunscripciones territoriales; pero si se ha de volver á los antiguos límites, ¿á qué se reducirían las posesiones de la casa de Saboya y de tantas otras?

Pero entonces, ¿por qué no os contentais con dejar al Papa solamente á Roma, con los jardines del Vaticano? Vosotros lo habeis dicho; ya lo sabemos.

Pero, ¿á qué dejarle á Roma?

¿Por qué el Sucesor de Aquel que no tenia una piedra sobre la cual descansar su cabeza, habia de encontrar una en la que descansar la suya?

¿Por qué no habia de ser Diocleciano y sus Catacumbas el mejor régimen para la Iglesia?

Pero puesto que tanto se habla de separacion y de anexion, ¿qué diria la Europa, qué diríamos nosotros si el Tirolo por una parte y el Franco Condado por otra, como lo querian muchos en 1830, pidiesen convertirse en cantones suizos y ser anexionados á la Confederacion Helvética? Y si algun dia le pasaba por mientes á la Lorena y á la Alsacia volver sus miradas hácia la Confederacion Germánica, ¿qué se pensaría?

Estas preguntas y muchas otras nacen de sí mismas, y nadie puede rehuirlas.

¿Por qué, si sois revolucionarios y anticatólicos, os deteneis temblando ante vuestro principio de espoliacion? Y si sois católicos ¿por qué le sentais?

¿A dónde vais? ¿A dónde os conduce ese detestable principio? Al menos decidnoslo claramente; decidnos lo que iba á hacer Francia en Roma en 1849, y si debemos renegar de esta gloria. ¿No son las tentativas que reprimió entonces las de hoy, de los revolucionarios romañoles? ¿No son siempre los mismos hombres?

¿Cómo, pues? ¿Qué es lo que aquí hay? ¿Y qué debemos pensar?

¿Es acaso un hábil cálculo vuestro, y que no pudiendo ó no atreviéndoos hoy á mas, esperais lo demas del tiempo y de la violencia de los sucesos? ¿Nos haceis objeto de vuestras burlas?

Quizás lo somos demasiado con la inaccion de los hom-



bres honrados, con la lentitud de los unos, durante la marcha rápida de los otros, de los que quieren precipitar los sucesos con la esperanza de que llegará el día de tener en cuenta los hechos consumados.

¿Deberemos decir con el órgano el mas acreditado de la prensa inglesa, que *en la cuestion actual la Francia es agresiva é insidiosa?* No, no, no admitimos para nuestra patria la parte que se la quisiera dar: semejantes cálculos sientan mal á la generosidad francesa; y por lo que á mí toca, protesto con toda la energía de mi alma contra las desleales intenciones que se atreven á *atribuirnos*.

Pero al concluir debo hacer una protesta mas alta aun.

Hijo sumiso de esta Santa Iglesia romana, Madre y Señora de todas las demas, *protesto* contra la impiedad revolucionaria que desprecia sus derechos y quiere arrebatarle su patrimonio.

Como Obispo católico *protesto* contra la humillacion y el desprecio que se quisiera hacer sufrir al primer Obispo del mundo, al que representa el episcopado en su plenitud.

*Protesto* en nombre del catolicismo, cuyo esplendor, dignidad é independenciam se quisiera disminuir atacando al Pastor universal, al Vicario de Jesucristo

*Protesto* como frances: ¿quién no se siente humillado como frances, al ver, á pesar de los consejos contrarios y las protestas del Emperador, ese miserable resultado de nuestras victorias y de la sangre preciosa de nuestros soldados?

*Protesto* en nombre de la gratitud que me muestra en la historia á los soberanos Pontífices como el luminoso símbolo de la civilizacion europea, como los bienhechores de Italia, y en los dias de mas peligro los salvadores de su libertad.

*Protesto* en nombre del buen sentido y del honor, que se indigna con la complicidad de una soberanía italiana con la insurreccion y los revoltosos, y con esa conjuracion de las bajas é inteligentes pasiones contra principios reconocidos y proclamados en el mundo cristiano por todos los verdaderos y grandes políticos.

*Protesto* en nombre del pudor y del derecho europeo, contra la violencia de las majestades, contra las pasiones



brutales que tan frecuentemente han inspirado los atentados mas còbarden.

Y si debe decirse todo, *protesto* en nombre de la buena fe contra esa ambicion mal contenida, mal disfrazada, esas respuestas evasivas, esa política desleal que nos ofrece un triste espectáculo.

*Protesto* en nombre de la justicia contra el despojo á mano armada; en nombre de la verdad, contra la mentira; en nombre del orden, contra la anarquía; en nombre del respeto, contra el desprecio de todos los derechos.

*Protesto* en mi conciencia y ante Dios, á la faz de mi pais, á la faz de la Iglesia, y á la faz del mundo, encuentre ó no eco mi protesta, he cumplido con un deber.

Orleans 30 de setiembre de 1859.—† FELIX, *Obispo de Orleans.*

---

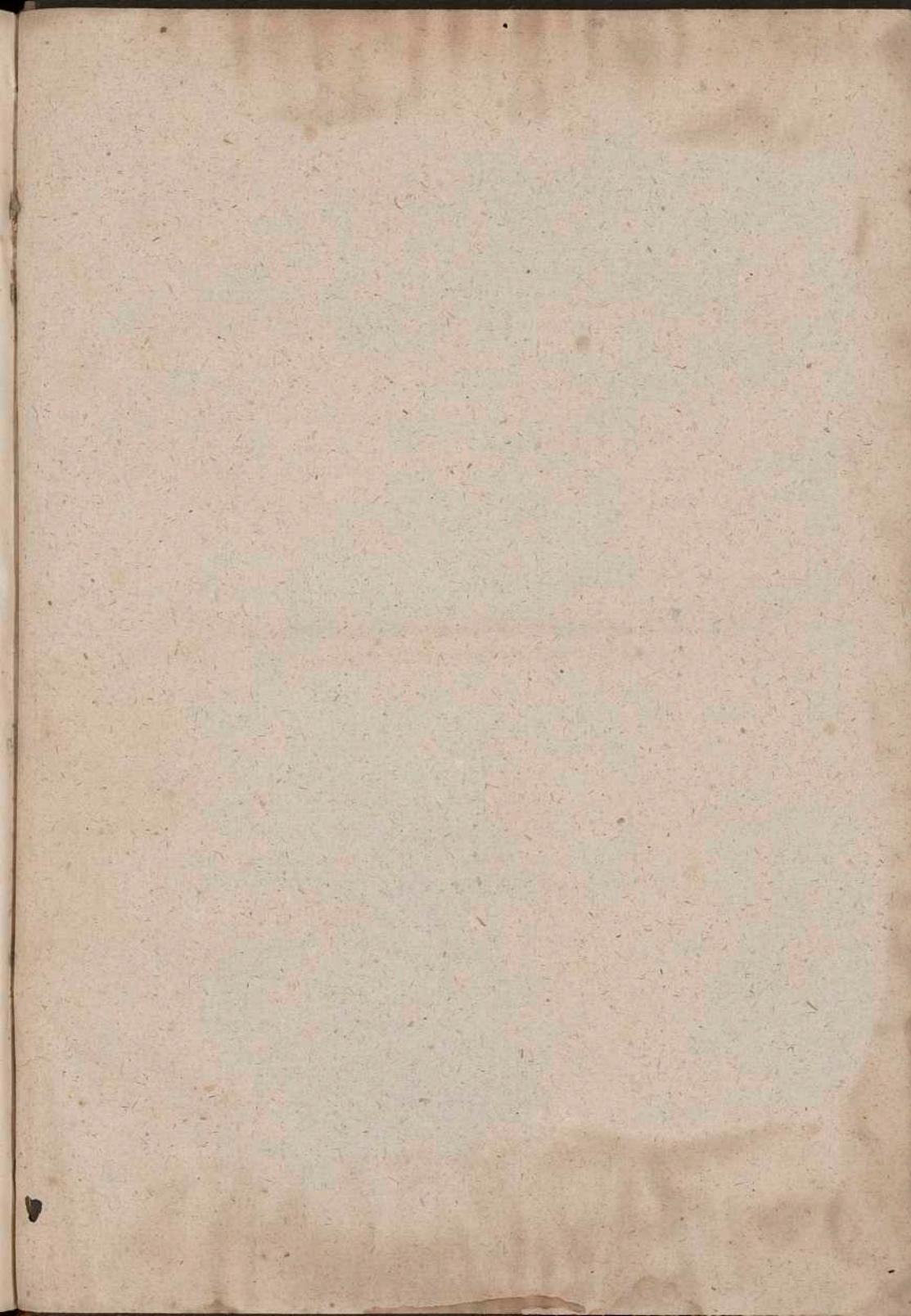
#### Secretaria de Cámara del Obispado de Sigüenza.

Continúa abierta, y se recomienda, la suscripcion para el monumento del esclarecido Maestro Fr. Luis de Leon.—*Dr. Fernandez.*

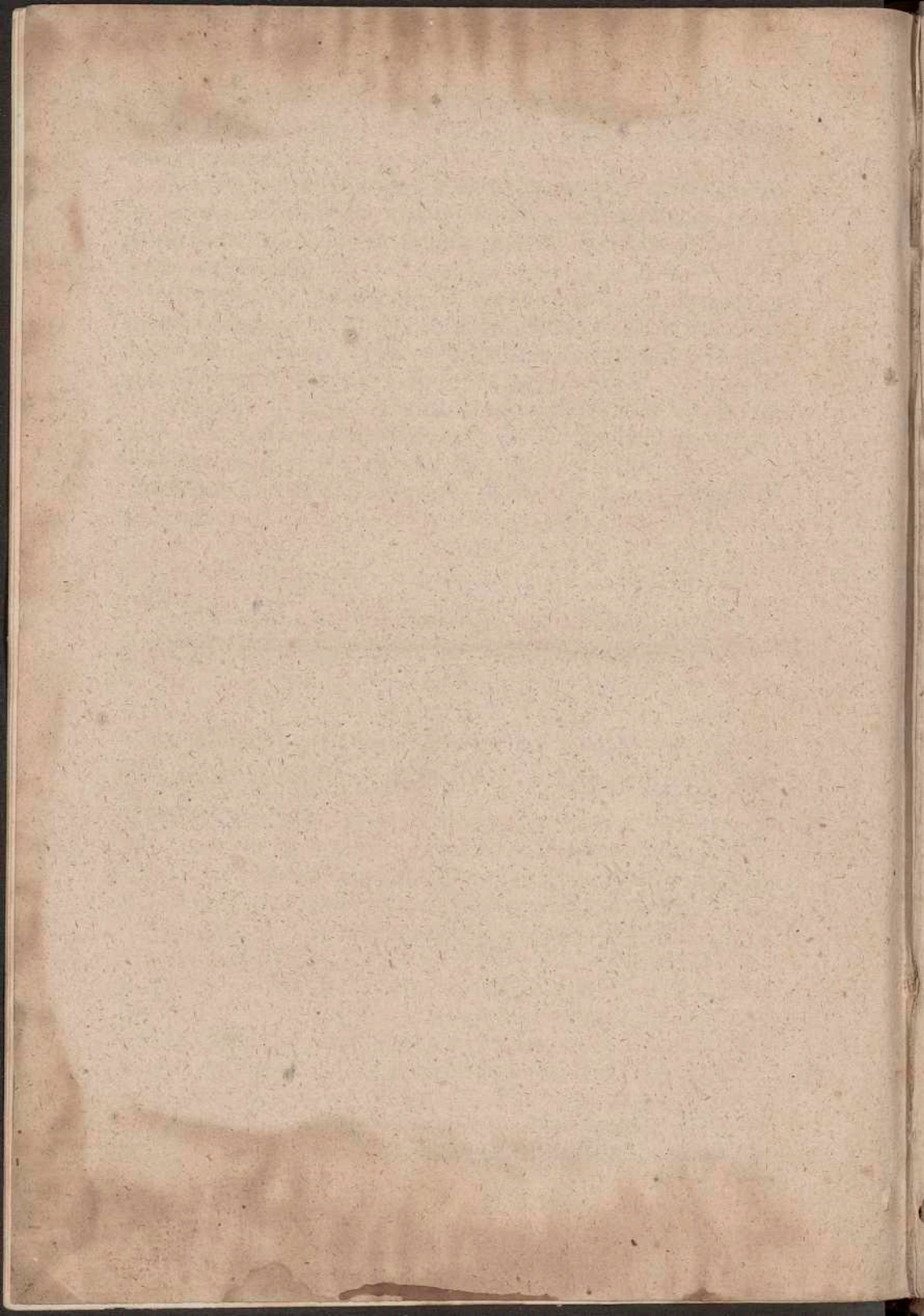
---

Sigüenza.—*Imp. de Manuel Pita.*

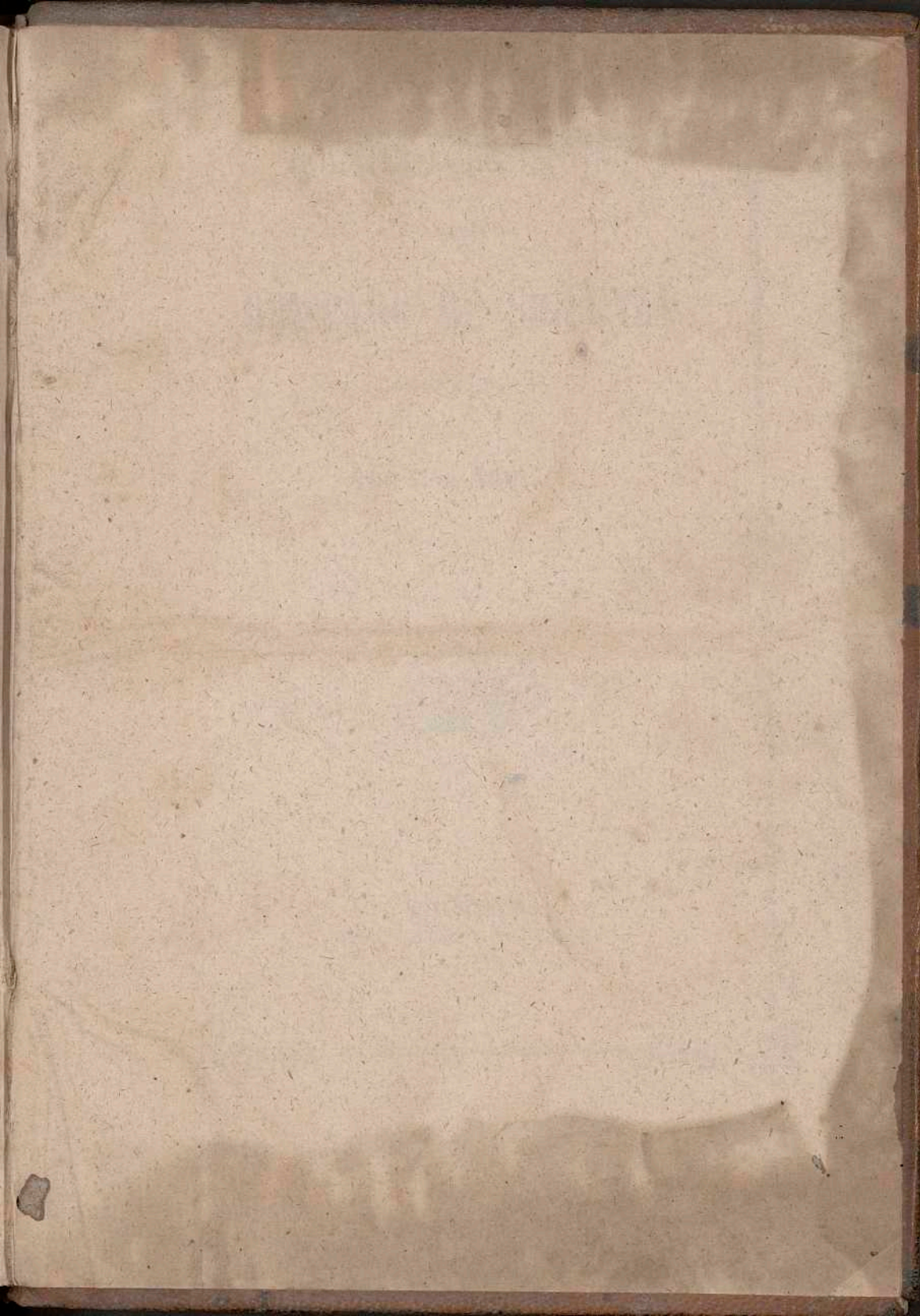




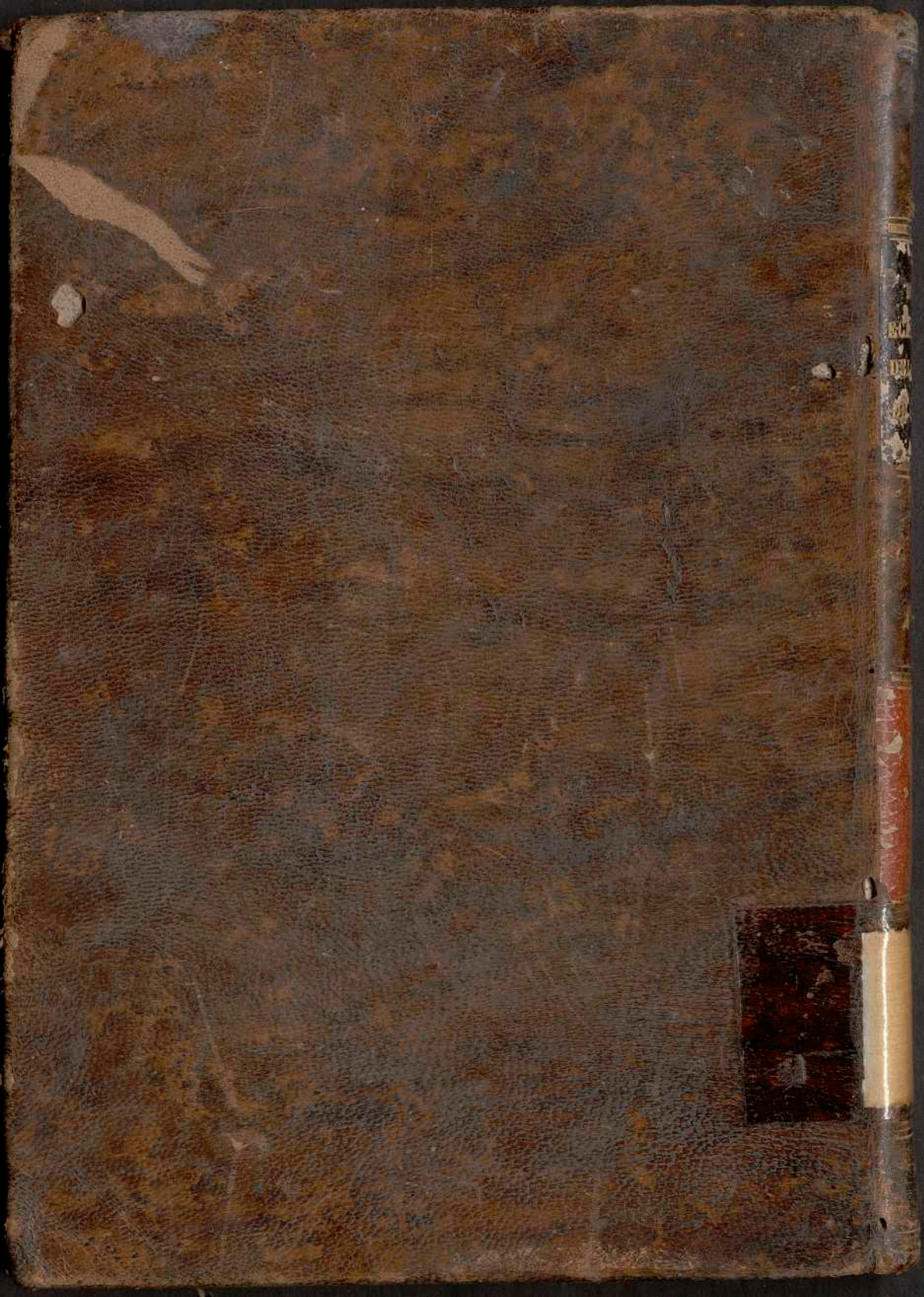












BOLETIN

ECCLESIASTICO

DEL ORINE PEDI

SIGUENTIA

PP

747